

en 1802 al día siguiente del Concordato. En el momento en que la masa, cansada de la anarquía, tomaba de nuevo gusto á la religión, no podía llegar más á punto dicho libro. Bonaparte quedó muy satisfecho de poderse apoyar en la opinión que aquella obra despertaba. Nombró á Chateaubriand primer secretario de embajada en Roma. Éste consignó acerca de Italia impresiones que leeremos más adelante. La muerte de Mad. de Beaumont le afligió profundamente y sintió ansias de abandonar aquel hermoso país que había visitado á fondo y donde el pesar galopaba á su lado. Obtuvo su traslado y fué nombrado ministro, en Sión, en el Valais. Al pasar por París para recibir las instrucciones relativas á su nuevo cargo, y al volver á su hotel, oyó en la calle de Beaune á un vendedor de periódicos que anunciaba la sentencia de muerte del duque de Enghien. Indignóse y presentó su dimisión. Aquel gesto audaz causó un miedo terrible á Fontanes; pero la Sra. de Chateaubriand lo aprobó noblemente.

El ministro dimisionario se retiró al campo, donde vivió en la soledad y escribió los *Mártires*, sumamente afectado por la muerte de su querida hermana Lucila que se había casado con el Sr. de Caux y que murió lejos de todos siendo enterrada en la fosa común antes de que llegase su hermano.

Su dolor fué profundo. Quedábase solo y se marchó á Oriente; visitó á Trieste, la Grecia, Constantinopla, Esmirna, Jerusalén, Egipto, Túnez y volvió por España. Aguardábale bajo las arcadas de la Alhambra Mad. de Noailles (Natalia de Laborde) y allí nació *el Último de los Abencerrajes* de la comunión de sus emociones.

Al regresar á París en junio de 1807 y después de publicado con gran éxito *Renato*, dirigió el *Mercurio*, donde escribió un día una frase que desencadenó el furor del emperador:

En vano prospera Nerón, pues Tácito ha nacido ya en el imperio; crece desconocido junto á las cenizas de Germánico y ya entrega la justa Providencia á un obscuro niño la gloria del dueño del mundo.

El autor, que llegaba de Turquía, se dejó arrastrar hasta la condenación del poder absoluto, insistiendo sobre el desprecio de los dictadores, añadiendo:

No dudamos que en la época de Sertorio, hubo almas pusilánimes que, tomando su bajeza por dictamen de la razón, hallaron ridículo el que un ciudadano obscuro se atreviese á luchar solo contra todo el poder de Sila.

El Emperador á quien llamaron la atención sobre el artículo, exclamó en presencia de Fontanes y Duroc:

« ¿ Se figura Chateaubriand que soy yo un imbécil y que no lo en-

tiendo? Haré que le maten á sablazos en las escaleras de mi palacio. »

Sin embargo, se contentó únicamente con suprimir el *Mercurio*, Chateaubriand se retiró de nuevo y compró en 3000 francos la casa del Valle de los Lobos.

En Aulnay, enfrente de la casa donde vivió y murió Sully Prud'homme se halla la verja de un inmenso parque muy frondoso en cuyo centro se alza un castillo, propiedad actual de la familia de la Rochefoucauld-Doudeauville. Es el Valle de los Lobos donde se instaló Chateaubriand en 1807. Por de pronto le llamó la atención el nombre, pues no hubiera podido vivir en un sitio que se llamase simplemente Puteaux ou Chatou. El paisaje es encantador. Componíase la propiedad de una casita y de unas tres hectáreas. Arregló la casa, hizo venir de Oriente arbustos y ventanas ojivales, puso delante de la entrada un pórtico con frontón, cariátides y columnas de mármol azul. Dispuso la parte superior en forma de matacán y se encontró con un castillito donde la Sra. de Chateaubriand se fastidiaba regiamente. En medio de su aburrimiento escribía:

¿ Cómo he de atreverme á decir que me fastidio en el Valle de los Lobos en compañía del Sr. de Chateaubriand? Me haría arrancar los ojos por diez mujeres y hasta el corazón, si después de tal confesión pudiesen sospechar que lo tenía. El *Gato* (era su marido) declama versos cuando hace mal tiempo; cuando deja de llover, vuela hacia sus queridos árboles que planta y trasplanta á más y mejor. Por mi parte me paso todo el día soplando una lumbre de leña que no arde y riñendo á Florette, que no me hace caso.

Los únicos días de fiesta para Mad. de Chateaubriand eran los de las visitas, cuando iban Fontanes ó Joubert ó lo Sra. de Vintimille ó cualquier huésped inesperado. He aquí como se expresa:

Antes de ayer nos llegaron dos bretones para comer con nosotros: eran padre é hijo; el padre chochea desde hace diez años y el hijo está loco desde que nació; así es que no hay tontería que dejen de hacer en todo el día: el padre corría por el campo con la cabeza descubierta en medio de una lluvia torrencial; el hijo corría detrás del padre y le buscaba llamándole como se llama á los perros en la caza y, cuando lograba encontrarle, se perdía á su vez; por último, á la hora de comer, se habían perdido ambos. Buscáronlos inútilmente hasta las siete en que los hallaron haciendo zapa-tetas en el huerto, después de haberse hartado de vino.

En cuanto á Chateaubriand, complaciase de tal modo en su castillo que sólo pensaba en agrandar sus tierras:

Si alguna vez vuelven á subir al trono los Borbones sólo les pediré, en recompensa de mi fidelidad que me hagan lo suficientemente rico para unir á mi ermita los bosques que la rodean; siento nacer en mí la ambición y

desearía aumentar mi paseo con algunas hectáreas... Los árboles que he plantado prosperan; son aún tan pequeños que yo les doy sombra cuando me coloco entre ellos y el sol. Algún día, al devolverme esta sombra, protegerán mi ancianidad como yo he protegido su juventud.

Encerrábase durante meses enteros en una torrecilla edificada en el fondo del jardín, donde se la ve aún: la torre de Velede.

Su ayuda de cámara Langlet le libraba de las visitas importunas.

Allí compuso *los Mártires*, *el Último de los Abencerrajés*, allí empezó sus *Memorias de Ultratumba*. Para descansar trabajaba en el jardín calzado con zuecos.

En el centro de un cuadro de césped, se yergue aún derecho y vigoroso un magnífico cedro: Chateaubriand lo trajo del Líbano, lo plantó por sí mismo en aquel sitio, en aquel valle silencioso y romántico, turbado únicamente el domingo por los profanos ecos del valle de Robinson. No pudo realizar sus deseos de aumento, pues como veremos, le vendió el Valle de los Lobos al vizconde de Montmorency.

*Los Mártires* aparecieron en 1809 y fueron juzgados por los inteligentes como la mejor de sus obras.

*El Itinerario* (1811) tuvo igual éxito y la Academia Francesa llamó al autor a su seno.

Cuando Daru sometió el discurso de recepción de Chateaubriand al emperador, declaró éste que, si hubiera llegado a pronunciarlo, hubiera hecho cerrar las puertas del Instituto y hubiera encerrado a Daru en el más obscuro calabozo. El Emperador añadía:

No puedo tolerar nada de eso, ni esos recuerdos imprudentes, ni esos reproches a lo pasado, ni esta disimulada censura de lo presente a pesar de algunas alabanzas. Si estuviese ahí delante de mí el autor, le diría: Señor mío, no sois de este país. Su admiración y sus votos van a otra parte. No comprendéis ni mis intenciones ni mis actos. Pues bien, si no estáis a gusto en Francia, salid de ella pues no nos entendemos... pasad la frontera y dejad a Francia en paz y unida bajo un poder del que tiene necesidad.

Cuando Daru salió, echó de ver que todo el mundo le miraba con frialdad y se apartaba de él. Admiróse de aquella especie de cuarentena y no tardó en comprender la equivocación: se habían figurado que el Emperador le dirigía a él las palabras: ¡salid!... oídas a través de la puerta, siendo así que iban dirigidas a un Chateaubriand imaginario.

El recipiendario se negó a retocar su discurso y no fué recibido.

El año 1814 terminó su carrera literaria. Hizo buscar y encontró en Inglaterra su maleta llena de manuscritos que había dejado en Londres; de entre ellos sacó los *Natchez* que sólo aparecieron en 1826.

Cayó el imperio y la política acaparó al autor de *Atala* desde el regreso de los Borbones.

En Fontainebleau, después de la abdicación, pudo leer Napoleón I un folleto de su enemigo que hizo más, según decía Luis XVIII, en favor de la monarquía que un ejército de cien mil hombres. Se titulaba: *De Bonaparte y de los Borbones*. El Emperador declaró: «No tengo nada que echar en cara a Chateaubriand pues me ha resistido cuando yo era poderoso». No podía darse mejor elogio.

Chateaubriand continuó su campaña realista con otro folleto: *Reflexiones políticas*. Parecióle a Luis XVIII que el poeta hacía demasiado ruido. «Esta gente no sirve para nada», decía. Envió a su campeón como embajador a Suecia; éste no pasó de Gante, porque Napoleón volvió de la isla de Elba. Después de Waterloo regresó Chateaubriand a Francia y fué llamado a la cámara de los pares. Su vida política se vió entonces llena de actividad devoradora. Ya ministerial, ya en el campo de la oposición, lanzaba folleto tras folleto. Decazes le inspiró un odio obstinado. Después del asesinato del duque de Berry dijo: «Los pies se le escurrieron en la sangre». Opuesto a las ideas liberales (excepto en lo relativo a la prensa, porque él era periodista) fué partidario decidido de la monarquía constitucional. Resumió su doctrina en su mejor obra política, la *Monarquía según la Carta*.

Pero aparecía el libro en el momento de la disolución de la Cámara de 1815 y, sorprendido por aquel golpe, el autor agregó una posdata en la que suponía que el Rey supeditado a sus ministros había firmado la ordenanza del 5 de septiembre a pesar de desaprobársela. Esto equivalía a echar toda la responsabilidad sobre los ministros y a dejar en salvo la persona del rey; pero los ministros se mostraron ofendidos y reclamaron la destitución de Chateaubriand que fué borrado de la lista de los ministros de estado y privado de su pensión.

Hallóse muy escaso de recursos y puso en lotería el Valle de los Lobos. Sólo logró colocar cuatro billetes y la casa fué comprada en cincuenta mil francos por el Sr. de Montmorency.

Convertido en opositor, fundó con Villèle, Bonald y Lamennais el periódico *le Conservateur* para combatir a *la Minerve*. Cesó la lucha en 1820 al restablecerse la censura que Carlos X restableció como don de feliz advenimiento.

A la caída de Decazes, fué nombrado embajador en Berlín donde la duquesa de Cumberland le rodeó de las mayores atenciones. Después pasó con el mismo empleo a Londres experimentando una secreta alegría al reaparecer poderoso y honrado allí donde se había visto tan miserable. Hubiera querido llevar como secretario a un joven amigo suyo a quien acababa de conocer, joven de diez y nueve años que se anunciaba como un gran poeta y que se negó a partir porque estaba enamorado e iba a casarse con su novia Adela Foucher. Era este Víctor Hugo que ha contado con mucha gracia en *Cosas vistas una de sus*

primeras visitas al grande hombre, — á su dios. Fué á llamar en el número 27 de la calle Saint-Dominique. « Todo me inspiraba miedo en su casa, hasta el criado que me abría la puerta. » Halló en el salón á la Sra. de Chateaubriand :

« Era una mañana de verano, había en el pavimento un rayo de sol pero más que este rayo me deslumbró y me maravilló una sonrisa de la Sra. de Chateaubriand.

« Sois vos el Sr. Víctor Hugo », me dijo. Me creí en pleno sueño de las *Mil y una noches* : ¡ la Sra. de Chateaubriand se sonreía, conocía mi nombre y lo pronunciaba! Era la primera vez que se dignaba echar de ver que yo existía. Saludé, inclinándome hasta el suelo y ella repuso: « estoy encantada de veros ». Yo no podía dar crédito á mis oídos y ella continuó: « os esperaba, pues hacía ya largo tiempo que no habíais venido. » Oyendo estas palabras creía seriamente que ó ella ó yo debíamos estar trastornados. Sin embargo me señalaba con el dedo una pila bastante alta que había encima de una mesita y añadió: « Os he reservado esto y creo que os agrada; ¿ sabéis lo que es? » Era un chocolate religioso al que ella dispensaba su protección y cuya venta estaba destinada á hacer buenas obras. Lo tomé y lo pagué. Era la época en que yo vivía quince meses con ochocientos francos. El chocolate católico y la sonrisa de Mad. de Chateaubriand me costaron quince francos, es decir veinte días de comida. Quince francos eran para mí entonces como mil quinientos francos hoy día. Es la sonrisa de mujer que he comprado más cara ».

Sonaba Chateaubriand con representar á Francia en el Congreso de Verona, pero no le querían para ese puesto. Sin embargo, como las mujeres hacen la mitad de la política en su país, la que Renato llamaba su hermana, es decir la duquesa de Duras, influyó con Villèle y quedó nombrado Chateaubriand. Fué al Congreso en que Europa discutía las medidas que había que adoptar para restablecer el orden turbado en Grecia, en el Piamonte y en España. Se mostró partidario de una intervención armada en España; fué ésta su guerra con la que contaba para procurar á la monarquía francesa la ocasión de una campaña feliz. El zar Alejandro tenía el terror de los movimientos populares y deseaba el anodamiento de las Cortes. Chateaubriand celebró frecuentes conversaciones con él, abundando en sus ideas, no por el estéril placer de devolver á Fernando VII su trono absoluto, sino para preparar una alianza francorrusa que debía devolvernos la frontera del Rin. No tuvo tiempo para realizar este proyecto, pero Fernando VII se vió complacido <sup>1</sup>.

Aquel éxito embriagó á Chateaubriand, que se lisonjeó públicamente

1. Como se ve, no es nueva la pretensión de Francia de arreglar la política interior de España. Jaurès y sus amigos continúan la política de Chateaubriand. Sólo que, como no pueden mandar un ejército, se contentan con un aluvión de insultos y con arrancar la bandera española de la capilla de la avenida Friedland (manifestación de octubre de 1909). (N. del T.)

de eclipsar á Villèle. Á propósito de España, había ya habido entre ambos amigos sus dimes y diretes. Se indispusieron más aún á propósito de la cuestión de las Repúblicas españolas de la América del Sur en que Villèle, antiguo plantador de la isla Borbón, pretendía dar su opinión, siendo así que Chateaubriand quería imponer la suya. Hubo ruptura, y el 6 de junio de 1824 recibió Chateaubriand aviso de su destitución. En 1826, en el prefacio general de sus obras, hacía observar:

Dos pesos que parecen ligados á mi fortuna la hacen sucesivamente bajar y subir en igual proporción: ya me cogen, ya me dejan; me cogen un día despojado de todo, y al día siguiente me arrojan un manto para poderme despojar nuevamente de él.

Era esta observación bastante justa. Por otra parte, protestaba de su facilidad en pasar de un estado á otro, porque sabía que la vida es demasiado caprichosa para que permita que nos instalemos jamás por completo: « Me han bastado dos horas para abandonar el ministerio y entregar las llaves al que debía sucederme ». Había llamado doce coches de alquiler, en los cuales amontonó todas sus cosas y se marchó orgulloso dando un gran portazo.

Pasó á hacer una violenta oposición en el *Journal des Débats* con su amigo Bertin y tan vigoroso era su ardor que parecía rejuvenecido. Hizo caer á Villèle y se vió colocado al frente del partido liberal en medio de la más ruidosa popularidad.

El ministerio Martignac le dió la embajada de Roma en el momento en que acababa de ponerse á los pies de Mad. Récamier á quien escribió desde Italia cartas admirables.

El ministerio Polignac puso fin á su embajada, pues le hizo presentar la dimisión. La Revolución de 1830 le devolvió á la vida privada. Se mantuvo fiel á los Borbones.

Mientras Víctor Hugo « sometiéndose, sin cansarse, á las diversas doctrinas de su país » según la linda frase de Sainte-Beuve, triunfaba lleno de entusiasmo revolucionario, después de haber sostenido el trono, y mientras Lamartine vacilaba entre dos antipatías, el duque de Orleans y la República, Chateaubriand anciano abdicó noblemente la carrera pública y sacrificó el resto de su porvenir á la unidad de su hermosa vida.

Quiso el nuevo gobierno asegurarse la neutralidad de tan gran publicista. Mad. Récamier y Mad. de Boigne fueron á verle á la calle d'Enfer. Estaba de bata y con un pañuelo rojo en la cabeza; sobre su mesa de despacho se veían restos de comida y un cepillo. Tenía sesenta y dos años y su coquetería sufrió mucho al verse sorprendido en aquel

traje. Por otra parte la visita resultó inútil y su fidelidad se mantuvo inquebrantable á pesar de ella, pues aquel bretón era tenaz en sus ideas y en sus afectos.

Trabajó en su retiro para vivir, acabó sus *Memorias de Ultratumba*, escribió folletos de circunstancia, *Estudios Históricos*, un *Ensayo sobre la Literatura inglesa*, una *Traducción del Paraíso perdido*, el *Congreso de Verona*, y la *Vida de Rancé*.

Mad. Récamier fué el encanto de sus últimos días. Dulcificó la amargura de aquel león decaído y lleno de tedio. Organizó la publicidad de las *Memorias de Ultratumba* dando en su casa lecturas sensacionales de algunos de sus fragmentos.

Las únicas alegrías de su larga vejez fueron un viaje á Praga, otro á Venecia, un sillón en el rincón de la chimenea de la Abbaye-au-Bois y la florida soledad de su jardín.

El atrevido malvino fué muriendo lentamente en la calle de Bac en medio de la calma y del olvido, sin dejar de escribir para ganarse la vida.

Tuvo relaciones de complicidad con la duquesa de Berry que perturbó la Vendée y, por esta causa, estuvo preso algunas horas por haber recibido doce mil francos que la duquesa le envió, «en favor de las víctimas del cólera» Refiere Béranger en una carta dirigida á la Sra. Cauchois-Lemaire y conservada en los archivos de Nantes (25 de junio de 1832), que fué á visitarle «en su calabozo que se halla colocado en un entresuelo de las habitaciones del prefecto, con piezas de desahogo y vistas al jardín, paseo y billar». Y el poeta bromea acerca de tan dulce prisión.

Habitaba el anciano en la calle du Bac: aún existe la casa, en el número 120; es el tipo de los antiguos hoteles del siglo XVIII con una puerta cochera esculpida, cuyas hojas representan á Chactas y Atala: homenaje póstumo á un ilustre inquilino.

Chateaubriand vivió allí desde 1840 hasta 1848 habiéndose mudado en 1839 de su hotel de la calle Denfert, contiguo al asilo María Teresa fundado por su esposa. En la calle du Bac tenía por vecinos á los Misioneros y podía hablar con ellos acerca del país de los Natchez.

Su vejez se vió dulcificada por el cariño de Mad. de Récamier, muy dada al retiro, célebre por su belleza, amiga de la sencillez y desdeñosa de la fortuna.

Reunía en su salón á todas las glorias del pensamiento y del mundo, á Ampère, á Bernadotte, al rey Murat, á Luciano Bonaparte, á Benjamin Constant, al duque de Laval y al príncipe real de Prusia. Ha inspirado á Canova y todos los poetas la han amado porque fué la personificación de la poesía.

Comprendió el noble corazón de Chateaubriand y dulcificó la amargura de sus desengaños<sup>1</sup>.

Ya no podemos visitar l'Abbaye-au-Bois: sus muros han sido arrasados y la sacrilega piqueta ha echado por tierra las piedras llenas de recuerdos. Era un rincón de París en que reinaba el encanto. Después de pasar la puertecilla de la calle de Sèvres, encontrábase uno en un vasto patio dividido en pequeños jardines y rodeado de viviendas. Los edificios de la comunidad religiosa se hallaban detrás y la capilla en el centro. Allí vivían en la parte seglar algunas damas retiradas del mundo y allí vivió Mad. Récamier. Se había conservado el salón en el mismo estado en que se hallaba cuando acudía diariamente Chateaubriand á conversar con su amiga ó á leer fragmentos de sus memorias. Todo se hallaba en el mismo estado que si fuese á aparecer de nuevo la dueña de la casa: los sillones estilo imperio, la mesa redonda con su gran tapete, la chimenea de mármol blanco con su velón y candelabros, y el sofá con sus almohadones. Habían colgado en la pared un retrato de Chateaubriand y el gran cuadro de Gérard: *Corina en el cabo Miseno*.

No podía uno menos de experimentar cierta emoción al penetrar en aquella habitación santificada por el genio y en la que tantas veces habían conversado espíritus tan delicados. Ya no existe el edificio: las letras y los artistas lo echan de menos y seguirán rindiendo culto á su recuerdo.

Nada queda de la romántica Abbaye-au-Bois sino el gracioso campanario del edificio principal. Una señora lo ha recogido piadosamente y lo ha hecho colocar en lo alto de su morada, para que no muera el sonido de las campanas argentinas que mecieron los melancólicos ensueños de Mad. Récamier.

La vejez de su gran amigo fué digna de lástima. Vendió sus *Memorias de Ultratumba* á un editor que se comprometió á pagarle una renta anual de 20.000 francos. Pero como tardaba en morir, el editor pretendió que había hecho un mal negocio y propuso reducir la pensión á 12.000. Chateaubriand convino en que había hecho mal en durar tanto y aceptó.

Murió su esposa y no tardó en seguirla después de haber asistido á la Revolución de 1848 y al advenimiento de la República que había predicho y que detestaba. Mad. Récamier ciega velaba á su cabecera. Lo mismo que en las playas malvinas y en su torre de Combourg, Chateaubriand se aisló en su altiva pobreza, en su desdeñosa tristeza y en la muerte.

1. Véase lo dicho acerca de la importancia é influencia de la mujer, en la literatura francesa, en la nota de la página 66. (N. del T.)

Á la edad de sesenta años había escrito una carta célebre al alcalde de Saint-Malo (1838).

Hace largo tiempo que tengo el propósito de pedir á mi ciudad natal que me conceda en la punta occidental del gran Be la más avanzada en alta mar, un rincón de tierra, lo estrictamente necesario para contener mi ataúd. Lo haré bendecir y rodear con una verja, y allí descansaré bajo la protección de mis conciudadanos, cuando á Dios le plazca.

El gran Be es una roca pintoresca con ruinas de un antiguo convento, un subterráneo invadido por las malezas y algunos míseros pastos sembrados de juncos y de alhucema.

El cuerpo de Chateaubriand fué depositado allí por los marinos el 19 de julio de 1848. Tronó el cañón en los baluartes y echó la absolución el capellán de las Misiones extranjeras de la calle du Bac.

Chateaubriand duerme en medio de aquella solemne soledad sobre aquella roca que jamás cubren las olas como jamás podrán cubrir las ondas del tiempo su gloria.

Descansa en el lugar de su nacimiento, en la cima de una roca aislada del resto de los hombres por la alta mar. El sepulcro de Chateaubriand abierto en la roca se ha convertido en una de las curiosidades del país. Durante el día reina junto al monumento funerario una animación sacrilega producida por vendedores de conchas, por niños, perros y turistas. Una piedra sin nombre rodeada de una verja gótica, coronada por una cruz de granito, baja, robusta y de brazos cilíndricos: á esto se reduce todo. Las olas rompen en espuma al pie del cantil. Por la noche, á la luz de la luna no deja de tener gran deza aquel cuadro: aquella tumba aérea encima del mar en medio del silencio y de la soledad entre el vuelo de las gaviotas y la claridad lunar cuyos cambiantes dibujan á veces en la bruma como una forma blanca semejante á un alma<sup>1</sup>.

Chateaubriand publicó en 1838 en casa de Pourrat una edición de sus obras completas en 30 volúmenes. Á saber: *Essais sur les Révolutions* (1797). 2 vol. — *Etudes et Discours historiques*. 4 vol. — *Mélanges littéraires*. 1 vol. — *Itinéraire de Paris à Jérusalem et de Jérusalem à Paris* (1811). 3 vol. — *Voyage en Amérique*. 1 vol. — *Voyage en Italie*. *Les*

1. Chateaubriand es el más armonioso y brillante de los prosistas franceses y el que más analogía tiene con los grandes escritores españoles, como puede notarse fácilmente leyendo á Castelar en sus *Recuerdos de Italia* y al marqués de Valdegamas. Por el género de su inspiración parece castellano, como el gran Corneille. Por eso ejerció tan viva influencia en Víctor Hugo. (N. del T.)

*Stuart*. 1 vol. — *Le Génie du Christianisme* (1802). 4 vol. — *Atala* (1801). *René* (1807). — *Les Aventures du dernier Abencérage*. *Poèmes galliques*. *Varia*. 1 vol. — *Les Martyrs* (1809). 3 vol. — *Les Natchez*. 2 vol. — *Poésies*. 1 vol. — *Mélanges historiques*. 1 vol. — *Mélanges politiques, Polémiques, Opinions, Discours, Fragments*. 4 vol.

Hay que agregar á esto las obras póstumas: *La Vie de Rancé, les Mémoires d'Outre-Tombe* (1811-1833) y *la Correspondencia*.

Es muy fácil clasificar los diversos géneros en que ensayó su ingenio: viajes, novelas, política, historia, crítica, poesía y teatro.

En la serie de artículos de periódicos que recogió y publicó, escribe después de dar cuenta de las obras literarias y de las novelas: «Al fin entramos en nuestro elemento. Llegamos á los viajes. Hablemos á nuestras anchas.» En efecto, fueron los viajes el verdadero elemento de aquel malino hijo de explorador y compatriota de los terranovas. Sintióse atraído por el mar y no pudo resistir á semejante atracción. Visitó la mitad del mundo para su regocijo y para el nuestro.

Hay que reconocer que sus relatos de viaje no pueden servir de guía y que su exactitud es á veces dudosa. Peca en cuanto á la topografía y sería difícil encontrar los lugares que cita.

En sus relatos hay mucho de invención, de imaginación y también recuerdos de sus lecturas. *El Viaje de América* está formado con los libros anteriores de Charlevoix, Bartram, Beltrami y Carver, á quienes por otra parte cita lealmente en sus advertencias y notas justificantes completadas por los estudios de Bédier. Es fácil notar en sus páginas gran número de inverosimilitudes: los osos borrachos por haberse hartado de uvas y que se mecen en las ramas; su caída en el Niágara al borde del abismo y los kinkajoux, monos del tamaño de ardillas que cogen al vuelo los cadáveres de alces que arrastra el río en su terrible salto, así como los salvajes (*Ensayo, Genio*) que comen jamones de *ursinos* cosa que debió extrañar mucho á semejantes zoófitos.

En abril de 1819 expuso en París el pintor Prévost un lienzo panorámico de Jerusalén, y todos echaron de ver que la descripción de Chateaubriand no estaba de acuerdo con aquel paisaje. Escribió un artículo para explicar semejante divergencia y dijo que no se había colocado en el mismo punto de la ciudad para pintarla; afirmó que había estado allá en octubre mientras que Prévost se hallaba en la ciudad santa en el corazón de un lluvioso invierno. En fin, salió del paso como pudo, y no muy bien por cierto.

Se ha publicado el diario que llevaba el criado de Chateaubriand

durante su viaje á Jerusalén. Julien, hermano de la cocinera, hombre de aspecto muy afable y que parecía un honrado carpintero, acompañó á su amo y anotó los incidentes del viaje. No todos concuerdan con el relato de su amo aunque no se notan divergencias graves, porque ¿qué nos importa que Chateaubriand se quedase ó no á bordo en uno de los puertos en que hicieron escala y que hubiese ó no apaleado á unos Árabes en la calle? El amo describe una tempestad no mencionada por el criado; pero no hay motivo para conceder más crédito al silencio del criado que al relato de su amo. Además todo esto tiene muy relativa importancia. Chateaubriand viajaba de prisa. Bastábanle algunas horas para fijar en su espíritu las grandes líneas de un panorama.

Leía mucho y la visión del paisaje despertaba en tumultuoso movimiento todos los recuerdos antiguos ó recientes que tenían, á su vista, alguna relación con el lugar visitado. Sabía además dar carácter romántico á las aventuras para mantener la vivacidad del relato. Es cosa que maravilla el que hubiera podido recorrer tan pronto las comarcas. Hay que tener en cuenta sin embargo su sorprendente facultad de visión. Tenía ojo de pintor que, desde el primer momento veía, analizaba, clasificaba, distribuía y distinguía los valores, las líneas los contornos y los colores y retenía todos los detalles con prodigiosa memoria. Sobre este fondo venían á aplicarse la erudición y las lecturas. Los episodios de la historia, las glorias del pasado y la poesía de los antepasados. Pero lo que comunicaba un encanto poderoso y profundo á sus relatos era la viva y delicada sensibilidad con que experimentaba en presencia de la naturaleza ó de las ruinas las más elevadas y deliciosas emociones. Esta facultad de admirar y conmoverse, de recibir impresiones agudas, de tristeza, de alegría ó de amor, de entrar en comunión con la naturaleza, de precisar lo que todos los demás sentimos confusamente y de expresar todos los movimientos y perturbaciones de nuestras almas hacen de los relatos de Chateaubriand los más líricos aceros que han resonado jamás en nuestra literatura.

Á la emoción personal y á los datos suministrados por la erudición agregaba el prestigio de una imaginación que creaba, poblaba, y animaba los paisajes con mayor colorido y brillo que hubiera podido hacerlo la más fiel copia. Sobre sus ricos recuerdos de lectura y sobre sus inmediatas sensaciones, echaba con amplio y soberbio gesto el maravilloso ropaje de sus sueños de luz y de oro.

Si se pretendiese achacarle á culpa algunas inverosimilitudes ó invenciones se le inferiría el más inmerecido ultraje. Hay que señalarlos con un fin de pura curiosidad crítica y científica, pues en nada influyen sobre el prestigio que se desprende de aquellas hermosas y fantásticas páginas.

En Argos, entró en su casa furioso el doctor Avriamotti, porque

Chateaubriand á quien había servido de guía, no había admitido la oferta de visitar en detalle las ruinas. Subió al castillo y admiró el conjunto desde aquella eminencia, diciendo que le bastaba mirar desde una altura para recordar las risueñas ficciones de la fábula y los recuerdos de la historia. Era verdad y lo demostró. El estudio minucioso de las piedras y de las ruinas hubiera sido bueno para un arqueólogo. Á Chateaubriand debía bastarle una ojeada á vuelo de pájaro ó mejor de águila.

Su obra más notable en este género es su *Itinerario de París á Jerusalén*, libro original y encantador, el más natural que escribió el autor. « rápida carrera de un hombre que va á ver el cielo, la tierra y el agua y que vuelve á sus lares con algunas imágenes nuevas en la cabeza y algunos sentimientos más en el corazón ».

Salió de París el 13 de julio de 1806, acompañado de su esposa á la que dejó en Venecia, de donde escribía muy ingeniosas cartas á Joubert. El 29 hallábanse Chateaubriand y su criado Julien en Trieste; el 1 de agosto se embarcaron para el Asia Menor pasando por Grecia.

En Esmirna permaneció dos días y cuatro en Constantinopla. El 1 de octubre se hallaba en Jafa y el 3 partió para Jerusalén, donde no hizo más que comer. Bastáronle treinta y seis horas para visitar el Mar Muerto, el Jordán y Belén á donde llegó á las cuatro de la mañana. Detúvose para recoger agua del Jordán que debía servir para el bautizo del duque de Burdeos. Regresó á Jerusalén donde pasó tres días, 7, 8, y 9 de octubre. Julien sólo pudo escribir diez y ocho líneas, y su amo trajo del viaje doscientas setenta páginas que figuran entre las mejores.

El 20 de octubre se hallaba en Alejandría. Permaneció en Egipto hasta el 23 de noviembre y allí se embarcó para Túnez. Volvió á Europa el 30 de marzo y se hallaba en Cádiz el 6 de abril. El 5 de junio volvía á París después de once meses de ausencia.

Su relato de viaje tiene partes encantadoras en medio de un farrago inútil de resúmenes de sus lecturas. Se documentaba grandemente y preparaba su itinerario; revela demasiado á la claras lo reciente de su erudición. En toda la obra hay una parte sacada de los libros y que interrumpe lo pintoresco de la narración. Lo que más atractivo causa es seguir la sucesión de sus sensaciones, de las que se desprenden la idea de las pequenezes de los hombres ante los monumentos del pasado y la de la pequenez de esos mismos monumentos ante la tranquila duración de la naturaleza.

El pintor mezcla y prodiga los tonos más ricos de su paleta, y no sabe